

EVANGELIO Y VIDA

MARZO ABRIL 2020

AÑOLXII N368



Pag. 1 Editorial

Por Nosotros

Pag. 2 Tras las huellas del Espíritu

El Pentecostés Neotestamentario

Pag. 5 Encuentro con la Palabra

*"Si habéis resucitado con Cristo
buscad las cosas de allí arriba"*

Pag. 8 Experiencias de Dios

*en la Biblia. La experiencia de
Dios en los amigos de Job*

Pag. 9 ¿Qué dice la Biblia sobre

la necesidad?

Pag. 12 Discípulos del Señor

Jasón

Pag. 15 Preguntas interesantes

¿Cómo murió Judas?

Pag. 21 Cinco mujeres que enten-

dieron a Jesús. *La mujer con flujo
de sangre.*

Pag. 24 Perfiles de Jesús

*Los niños, modelo de acogida
en el Reino*

Pag. 26 La Palabra del Domingo

Mayo - Junio

Pag. 28 La Biblia en el Concilio

Pensando en la misión

**Pag. 31 San Francisco y
la Palabra de Dios**

Dar razón de la esperanza

Pag. 33 Una "lectura social" de diez

**iconos (retratos) del Evangelio de
Lucas.** *El icono del anhelo inapagable
de la justicia*

DIOS TIENE LA PALABRA ¡CONÓCELA!

Evangelio y Vida,
revista de formación bíblica, te ayudará
a comprender la insondable
riqueza de la Palabra de Dios, y a
saber dar razón de tu esperanza.
¡LÉELA Y DIFÚNDELA!

EVANGELIO
Y VIDA

EVANGELIO Y VIDA AÑO LXII -NÚM. 368 MARZO-ABRIL 2020

Revista bimestral de divulgación bíblica, bendecida por su Santidad el Papa

Depósito Legal: M-8894-2017

Director: Domingo Montero

Coordinador: Luis López

Administrador: Miguel Ángel Fernández Reyero

Colaboradores: José Román Flecha, Jesús González, Valentín Martín, Fidel Aizpurúa,

José M^a Fonseca Urrutia, Carlos Gil, Ariel Álvarez, Jesús-Lucas Rodríguez García.

Precio de suscripción: España : Anual ordinaria: 10 euros. Extranjero: Vía aérea: 30 euros

Cada vez es más urgente la vigilancia en la celebración popular de los misterios de la fe para que no sea distorsionada y conducida hacia zonas de ambigüedad e insignificancia religiosa. Y esto es particularmente válido con la Semana Santa; donde consciente o inconscientemente se van desplazando acentos y difuminando aspectos fundamentales, al tiempo que se subrayan y absolutizan los tonos folklóricos, económicos y lúdicos de la misma.

Envueltos en la "cultura" del espectáculo nos vemos expuestos al peligro de considerar desde esta perspectiva la realidad de la obra de Dios en Cristo, que, ciertamente, fue espectacular por su hondura y verdad, pero no un espectáculo.

Por Nosotros

En unos días en que los templos abren sus puertas y las calles, mitad museos y mitad iglesias, se convierten en un espacio y exposición singular de arte y religiosidad, ¿cuántos nos detenemos a pensar que "todo eso" fue por nosotros, y no porque sí?

No faltan quienes interpretan la vida y muerte de Jesús, prescindiendo de esta referencia *-por nosotros-*. Puede que esa sea una lectura "neutral", pero, ciertamente, no es una lectura "inspirada". Porque, si es cierto que la muerte de Jesús tuvo unas motivaciones lógicas (su oposición a ciertos estamentos y planteamientos de la sociedad de su tiempo que se vieron amenazados por su predicación y su comportamiento), también lo es, sobre todo, que no estuvo desprovista de motivaciones teológicas.

"Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo" (Jn 3,16). Esa fue la voluntad original del Padre: entregar a su Hijo en una donación amorosa (no necesariamente dolorosa). Pero los hombres, porque

"prefirieron las tinieblas a la luz" (Jn 3,19), configuraron esa entrega en forma de muerte violenta.

De ahí que pueda decirse que hemos sido redimidos por el amor no por el dolor.

Si nos desconectamos, o nos sentimos afectados por su muerte y resurrección quedaremos suspendidos en un vertiginoso vacío y las celebraciones de estos días podrán no superar la condición de un "pasacalles" piadoso. Si, por el contrario, nos reconocemos destinatarios preferenciales de esa opción radical de amor hallaremos la serenidad y la audacia suficientes para afrontar las alternativas de la vida con entidad e identidad cristianas.

La Semana Santa no puede ser solo la evocación de la Pasión de Cristo, sino una provocación a renovar nuestra pasión por Cristo. Debe llevarnos no solo a considerar hasta dónde nos amó Jesús, sino a preguntarnos hasta dónde le amamos nosotros, acogiendo con gratitud la vida que él nos entrega, y entregándole con generosidad la nuestra.

TRAS LAS HUELLAS DEL ESPÍRITU

Domingo J. Montero

¿Dónde? Un solo o varios Pentecostés.

La narración de san Lucas sobre el desarrollo de la primitiva Iglesia está expuesta en forma lineal y progresiva a partir de un único origen: el acontecimiento singular de Pentecostés en Jerusalén. Pero, ¿fue así? ¿La experiencia del Espíritu solo quedó limitada al “pentecostés” jerosolimitano?

EL PENTECOSTÉS



NEOTESTAMENTARIO

Hay indicios que sugieren matizaciones a la presentación del Libro de los Hechos. Existe la posibilidad de que Jerusalén no fuera la única Iglesia más primitiva, sino que hubieran existido dos “iglesias más primitivas”: una galilea y otra jerosolimitana. Los evangelios hablan sobre las apariciones del Resucitado en Galilea (Mc 16,7; Mt 27,16ss; Jn 21).

*¿Nació de aquí alguna experiencia de comunidad?
¿Hubo un “pentecostés” galileo?*

Es clara, por otra parte, la tendencia de san Lucas a concentrar todo en Jerusalén. Basta comparar *Mc 16,7 -Id a decir a sus discípulos y a Pedro: Él va delante de vosotros a Galilea; allí le veréis, tal como os dijo-* con *Lc 24,6 -Recordad lo que os dijo*

cuando estaba en Galilea-, que, además, omite la referencia a las apariciones de Galilea (Mc 16,7), e incluso parece hasta descartarlas (Lc 24,49): *Quedaos en la ciudad; No salgáis de Jerusalén* (Hch 1,4). Si se hizo esta unificación con las tradiciones de las apariciones del Resucitado, *¿no pudo hacerse también con las del Espíritu?*

No obstante la opción jerosolimitana de san Lucas, en tres ocasiones se habla de presencia del Espíritu sin vincularla a Jerusalén: en Hch 9,17, donde Pablo en Damasco, es lleno del Espíritu Santo por la imposición de las manos de Ananías; en Hch 10,44-46; 11,15, donde, en casa de Cornelio, los gentiles recibieron el don del Espíritu Santo; y en Hch 18,24-27, donde se afirma que Apolo, judío originario de Alejandría, aunque

solo conocía el bautismo de Juan, había sido instruido en el Camino del Señor y con fervor de espíritu hablaba y enseñaba con todo esmero lo referente a Jesús.

¿Dónde tuvieron éstos su experiencia pentecostal? Parece, pues, que Jerusalén no fue la única fuente del entusiasmo pneumático, sino que existieron otros “pentecostés” en diversos lugares, si bien el de Jerusalén fue el más relevante. La actitud respetuosa de Pablo respecto de Jerusalén (Gál 1,2) y la calidad de los testigos de la experiencia pentecostal jerosolimitana así lo sugieren.

¿Cuándo?

Ya hemos aludido al tema de la fiesta de Pentecostés. Lo que ahora preguntamos es si la identificación cronológica del fenómeno de Hch 2 es histórica o teológica.



Con toda probabilidad, si bien es cierto que el componente teológico es importante, el motivo determinante de esa ubicación cronológica obedece al testimonio histórico de las fuentes usadas por san Lucas. Existen elementos que lo hacen verosímil.

¿Quiénes recibieron el Espíritu? Llegado el día de Pentecostés, estaban todos en un mismo lugar (*Hch* 2,1). Se ha pensado que ese todos ha de entenderse conectado y referido a *Hch* 1,14 (los Once con María, varias mujeres y los hermanos de Jesús). Pero si *Hch* 2,1-13 se une a lo que inmediatamente le precede, ese todos son unos ciento veinte hermanos (*Hch* 1,15).

El relato intermedio de la elección de Matías (*Hch* 1,15-26) tiene todos los vi-

sos de ser una pieza intercalada, por lo que la secuencia lógica sería 1,14 + 2,1ss. Habría sido incluida para presentar no solo a los Once sino a los Doce, incluido Matías, invadidos por el Espíritu Santo. En todo caso, tal como aparece en el texto, nada impide la lectura que contempla a los ciento veinte hermanos como testigos de pentecostés; más bien la favorece. Podría establecerse la distinción entre orden real (historia) y orden redaccional (teología), advirtiendo que la intencionalidad del autor se descubre en el orden redaccional.

Según esto, la comunidad, con sus portavoces más cualificados -los Once/Doce- y con la base -los ciento veinte hermanos- estuvo representada. Todos fueron agraciados con la efusión del Espíritu del Resucitado.

De este modo, ya desde los orígenes, la armonía y el equilibrio presidían la comunidad. Pentecostés, es cierto, no sanciona la división jerarquía + base eclesial, sino que afirma la comunión fundamental en un mismo "espíritu", y como se precisará ulteriormente, con diversas manifestaciones y funciones, según ese mismo "espíritu" (1 Cor 12,4-11).

El hecho.

El autor envuelve la escena en un halo de misterio, donde las precisiones son imposibles por la naturaleza del fenómeno. Los "cómo" son indicativos de que nos movemos en el campo de la aproximación y no de la descripción ni de la definición. Se trata de un momento teofánico. Tanto el fuego como el viento eran elementos típicos en las teofanías dentro de la tradición judía.

Un elemento se destaca en el relato: la glosolalia. No es infrecuente elevar la anécdota al nivel de categoría.

Algo de esto ha ocurrido con el tema de la glosolalia pentecostal. Muchos lo consideran centro neurálgico del relato cuando no es más que una manifestación del hecho fundamental: la recepción del Espíritu. Desconectado de esa referencia, pierde toda su fuerza significativa, y pasa a ser una expresión común de ciertas experiencias extáticas.

Enumerar todos los intentos de explicación sería muy prolijo. Tres alternativas hermenéuticas predominan en la actualidad, basadas: a) en el mito; b) en el análisis de las fuentes; y c) en el análisis psicológico de fenómenos paralelos.

a) **El mito:** *Hch 2* sería un relato mítico (mítico no equivale a falso) elaborado para explicar el origen de la Iglesia, construido con tres elementos, de los cuales solo el primero sería histórico:

1) la experiencia de la glosolalia en las comunidades como lenguaje del Espíritu;

2) el paralelismo con las leyendas relativas a la entrega de la Ley en el Sinaí, donde ocurrieron tres cosas: una aparición de fuego celeste, las llamas celestes se convirtieron en palabras divinas (¿lenguas de fuego?), y los setenta pueblos paganos que aceptaron el anuncio divino de la Ley en sus propias lenguas;

3) el universalismo de san Lucas.

b) El acercamiento desde el **análisis de las fuentes** sometió el texto a una fragmentación excesiva.

Más éxito tuvo la interpretación mixta de a) y b), según la cual estaríamos ante la re-elaboración de un relato original más sencillo: el de una experiencia de glosolalia extática de la Iglesia primitiva, transformada por san Lucas en un milagro de xenoglosia (otras lenguas) bajo la influencia de la leyenda de Babel (*Gén 11,1-9*) y las tradiciones hágádicas (espirituales) del Sinaí; o quizá por su propio deseo de presentar el día del nacimiento de la Iglesia, simbolizando el alcance universal del cristianismo.



c) La explicación psicológica ha recibido su impulso sobre todo por la reaparición en nuestros días de la glosolalia a una escala más amplia, al resurgir el movimiento pentecostal.

Concluyendo, podemos decir que no hay motivo alguno para dudar de que los discípulos experimentarían la locución extática el día de Pentecostés, y que su comportamiento fuera tal que muchos de los presentes creyeron reconocer palabras de alabanza a Dios en otras lenguas. En todo caso, una interpretación queda descartada y rebatida por el mismo texto -el espíritu del vino (*Hch 2,15*)- al tiempo que sugiere la causa verdadera y peculiar -el espíritu divino (*Hch 2,17ss*)-.

Pablo, reconociendo este don presente en las iglesias (*1Cor 14*), sin embargo no lo absolutiza, sino que recomienda preferir el don de profecía, pues con este se edifica a los demás, pues el que habla en lenguas se edifica a sí mismo, el que profetiza edifica a la asamblea (*1 Cor 14,4*).

ENCUENTRO CON LA PALABRA

Jesús González Castañón

“Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de allí arriba” (Col 3,1)



Alguien lo ha dicho claramente: *“El cristiano es un hombre ‘pascual’, ‘resucitado’, al que Cristo Resucitado comunica su vida nueva, gloriosa y plena”*. Y, si eso es así, tendrá que manifestarlo en la vida de cada día, deberá confesar y vivir que Cristo resucitado es el que le impulsa a actuar, comportarse, juzgar de una manera determinada, como decía el Concilio Vaticano II:

“Constituido Señor por su resurrección, Cristo obra ya por la virtud de su Espíritu en el corazón del hombre, no sólo despertando el anhelo del siglo futuro, sino alentando, purificando y robusteciendo también aquellos generosos propósitos con los que la familia humana intenta hacer más llevadera su propia vida y someter la tierra a este fin” (GS 38)

¿Qué significa entonces saberse y vivirse como resucitados en Cristo resucitado? Podemos verlo en dos vertientes:

a) En clave negativa, debe empujarnos a arrancar de nosotros tantos signos antipascuales que nos acompañan, invitándonos a liberarnos:

- *de la tristeza que nos embarga y que apaga nuestro esfuerzo; lo dice gráficamente el papa Francisco: “Hay cristianos cuya opción parece ser la de una Cuaresma sin Pascua” (EG 6). Lo denuncian tantas veces los no cristianos, como el filósofo Nietzsche que recriminaba a los cristianos por no tener cara de resucitados;*

ENCUENTRO CON LA PALABRA

- *de nuestros miedos que, con frecuencia y al igual que a los apóstoles, nos llevan a mantener cerradas a cal y canto nuestras puertas y ventanas “por miedo a los judíos” (Jn 20,19.26), que para nosotros pueden ser las nuevas ideas que nos saquen de la apatía y el conformismo, nuevos problemas a los que entregar nuestra vida;*
- *del pesimismo que nos agobia como personas y como comunidades que se manifiesta como una tentación permanente, como denuncia el papa Francisco: “Una de las tentaciones más serias que ahogan el fervor y la audacia es la conciencia de derrota que nos convierte en pesimistas quejosos y desencantados con cara de vinagre. Nadie puede emprender una lucha si de antemano no confía plenamente en el triunfo” (EG 85);*
- *de nuestros egoísmos que nos hacen cerrarnos en nuestro mundo, aprovechándonos de los demás para nuestros fines y olvidándonos de lo que nos dice Juan: “Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a los hermanos” (1Jn 3,14);*

- *de las desesperanzas que nos incapacitan para mirar confiadamente el futuro de cada uno, de la Iglesia, del mundo, porque, “si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él” (Rm 6,8) y que “aquel que resucitó a Cristo Jesús de entre los muertos, dará también la vida a nuestros cuerpos mortales por el Espíritu que habita en nosotros” (Rm 9,11).*

b) Pero, sobre todo y especialmente, vivir como resucitados, experimentando la fuerza del Resucitado en medio de nosotros, nos debe llevar a desarrollar una serie de actitudes positivas que nos identifiquen como realmente resucitados. Estas podrían ser algunas:

- *la experiencia de paz y perdón: son el primer regalo del Resucitado: “La paz sea con vosotros” (Lc 24,36; Jn 20,19.21); sin hacerles ningún reproche a su comportamiento en los sucesos de la Pasión, les da la paz y el perdón, encargándoles al mismo tiempo que sean portadores de paz y perdón para los demás (Jn 20,23; Lc 24,46-48).*

Claro que siempre será verdad que, “quien no conoce el gozo de ser perdonado corre el riesgo de vivir muerto, sin “resucitar”, sin dejarse recrear por el Resucitado”;

- *la experiencia de la esperanza: Pascua devolvió a los apóstoles encerrados en su desesperación y su desilusión la esperanza, una esperanza vigilante y activa, alegre y paciente: “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo que, por su gran misericordia, nos regeneró para una esperanza viva por la resurrección de Cristo de entre los muertos” (1Pe 1,3). Pero esa esperanza no se pierde en la irrealidad, la ingenuidad. Vive la realidad con todas las consecuencias, pero también como algo inacabado. No es una esperanza tranquilizadora, sino inquietante, precisamente porque cree y espera un mundo nuevo no puede soportar la situación actual llena de odios, injusticia, opresión, muerte, que empuja necesariamente a la transformación de este mundo para adelantar la llegada de la tierra nueva y los cielos nuevos:*

“Según su promesa, esperamos unos cielos nuevos y una tierra nueva en los que habite la justicia. Por eso queridos míos, mientras esperáis estos acontecimientos, procurad que Dios os encuentre en paz con él, intachables e irreprochables” (2Pe 3,13-14). Y todo ello lo vive la esperanza desde la certeza que Pablo transmitía a los romanos: “Estimo que los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria que se ha de manifestar en nosotros” (Rm 8,18);

• *el compromiso de la caridad: es consecuencia lógica de todo lo anterior. El primer eco de la nueva vida pascual que el Resucitado nos ha conquistado, es la caridad con el hermano: “Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a los hermanos. El que no ama permanece en la muerte” (1Jn 3,14)*

Quien vive la Pascua no puede cerrarse al hermano, porque, el mismo impulso que le une al Señor Resucitado, le hace abrirse a la realidad de los demás.

• *la llamada a la evangelización: es lo que nos transmiten los relatos pascales: la experiencia del Resucitado tiene que ser comunicada a los demás: “Id y haced discípulos a todas las gentes” (Mt 28,19): “Como el Padre me envió, así os envío yo” (Jn 20,21); “Id por todo el mundo y proclamad la Buena Noticia a toda la creación” (Mc 16,15)*

La experiencia pascual no se puede guardar en silencio. Exige ser anunciada a otros como Buena Noticia.

Lo que sucede en el encuentro con el Resucitado es algo que ha de ser comunicado. Los apóstoles se experimentan a sí mismos como enviados por el Resucitado a evangelizar. Pero su evangelización no consistió en transmitir una serie de verdades teóricas y abstractas; transmiten su experiencia, lo que ellos han visto: “Eso que hemos visto y oído os lo anunciamos, para que estéis en comunión con nosotros y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo” (1Jn 1,3)

V*ivir como resucitados es hacer realidad lo que desde el principio se anunció:*

“Ellos lo mataron colgándolo de un madero. Pero Dios lo resucitó al tercer día y le concedió que se manifestase no a todo el pueblo, sino a los testigos prefijados por Dios, a nosotros que hemos comido y bebido con Él después de la resurrección de entre los muertos; y nos encargó predicar al pueblo y testificar que Él es el constituido por Dios juez de vivos y muertos” (Hech 10,39-42).

Y ello es así, porque, cuando tenemos un encuentro hondo con el Resucitado, algo se conmueve interiormente en nosotros, se despierta la seducción, el seguimiento se hace más fiel y nos sentimos impulsados a proseguir hoy la acción liberadora y salvadora que se inició en Jesús, muerto por los hombres, pero resucitado por el Espíritu (1Pe 3,18)

EXPERIENCIAS DE DIOS EN LA BIBLIA

Jesús-Lucas Rodríguez García

Elifaz, Bildad y Sofar, son tres amigos de Job que vinieron a visitarlo y a consolarlo en su desgracia. Sin embargo, desde el primer momento piensan que si Job sufre es porque algo malo habrá hecho. Pero Job sabe que eso no es cierto. Hablan unos y otros hasta un punto tan irreconciliable que intervendrá el mismo Dios. El libro de Job deja mucho sin resolver. Solo en el Nuevo Testamento nos acercaremos a una respuesta al problema. Cristo en la cruz fue la única persona realmente inocente.

Elifaz, cuyo nombre hebreo significa “*mi Dios es oro*” fue el amigo más sabio de Job y el que inicia el diálogo.

Bildad, que en hebreo significa “*el Señor amó*”, es un amigo de Job que defenderá las ideas teológicas tradicionales.

Sofar solo interviene dos veces en el diálogo (Job 11, 1 y 20,1). Es el tercero de los amigos de Job. Se distingue por la brutalidad de su posición basada en el sentido común.

LA EXPERIENCIA DE DIOS EN LOS AMIGOS DE JOB



Elihú, en hebreo significa: “*Mi Dios es Él*”. Este personaje interviene en la escena sin haber sido anunciado. Mantiene como los amigos de Job la doctrina tradicional, aunque con menos dureza, la conexión entre el sufrimiento y el pecado personal. Subrayará la soberanía divina, sus discursos servirán para la revelación de Dios (Job 38). Se dirige a Dios en los capítulos 32- 37. Intervino en el diálogo cuando los otros se callaron. Combate entonces a Job sobre bases más teológicas aludiendo a los designios divinos, pero sin añadir nada

nuevo a lo que los otros amigos de Job ya habían dicho. Pero Yahvé le interrumpe y no le tiene en cuenta pues repite inútilmente lo que han dicho los otros tres amigos de Job...

Un versículo clave del libro de Job es el 42,7. Ahí Dios se siente enojado con aquellos ilusos consoladores porque no hablaron lo recto como lo hizo Job. La vida está llena de incertidumbre, de sufrimientos sin sentido, de enigmas y contradicciones. La fe en Dios es muchas veces difícil, pero esto justamente es la fe.

la necesidad



En nuestra sociedad se considera sabios a los astutos y a los que saben buscar influencias para aumentar su prestigio o sus riquezas, aun a costa de los pobres. Y son considerados tontos los que no aprovechan las oportunidades para triunfar, para enriquecerse y hasta para vengarse de sus competidores.

La Escritura nos recuerda una y otra vez el valor de la sabiduría (Sb 7,21-30). De hecho, la identifica con la virtud, mientras que al pecado lo califica frecuentemente como necesidad.

Para el libro de los Proverbios la verdadera sabiduría es el temor de Dios y el respeto a su Ley. Es así como se alcanza la verdadera gloria: la gloria está reservada a los sabios, y los tontos cosecharán el desprecio (Prov 3, 35).

La necesidad y el pecado

Para la literatura bíblica, la necesidad es otro nombre del pecado. Así que son los pecadores y no los inocentes los que serán despreciados. Si la sabiduría es personificada, como una mujer atenta a las necesidades de su familia, también la necesidad ha sido personificada. De hecho se dice que *“la mujer necia es bullanguera, la ingenua no tiene vergüenza”* (Prov 9,13). Otra traducción nos da la clave de este proverbio: *“La señora Locura es nerviosa, tonta e ignorante”*.

La sabiduría se identifica con la virtud, pero la necesidad lleva a la persona a creerse autosuficiente.

Quien se acerque a un necio solo recibirá insultos y desgracias. *“Los sabios atesoran el saber; la boca del tonto derrama la desgracia”* (Prov 10, 14)

El engaño y la ira

En ese contexto se entiende que el engaño y las trampas se atribuyan al necio. En la mentira y la ofensa a los demás encuentra su ocupación favorita. *“El necio se divierte haciendo trampas; el hombre prudente, con la sabiduría”* (Prov 10,23).

Por el contrario, la persona que ha descubierto el valor de la virtud de la prudencia pasará su tiempo en buscar la sabiduría. Y tratará de vivir de acuerdo con sus orientaciones y de mostrar a los demás los frutos que solo ella puede ofrecer.

La Escritura nos presenta la imagen de *Lamek*, aquel descendiente de Caín que se enorgullecía de su propia violencia (Gén 4,24)

¿QUÉ DICE LA BIBLIA SOBRE...

La ira deja al hombre en ridículo. La vida en sociedad exige que cada uno trate de limar los excesos de ese carácter, que revela la necesidad de la persona: *“El necio demuestra al instante su ira, el hombre prudente disimula la ofensa”* (Prov 12,16). El primero se deja llevar de sus ímpetus primarios.

En realidad no es dueño de sí mismo. Con ello demuestra abiertamente su propia necesidad. En cambio, la persona realmente prudente sabe dominar sus reacciones. Y no solo eso. Sabe pasar por alto las ofensas que recibe.

La virtud de la prudencia nos ayuda a vivir en paz con nosotros mismos y con los demás.

De hecho, se dice que *“el hombre prudente oculta su saber, el corazón necio pregona su ignorancia”* (Prov 12,23). Basta prestar una breve atención a los que hablan. Los charlatanes no son los que más saben.

Para el pueblo y la cultura de Israel, la sabiduría no estaba en adquirir muchos conocimientos teóricos.



Así lo indica otro proverbio que identifica la sabiduría con la prudencia:

“La sabiduría del prudente asegura su camino, al necio le descarría su propia necesidad” (Prov 14,8)

La persona prudente logra de su existencia y puede seleccionar lo que ella. En cambio, la necesidad se le revela. Y con la simplicidad: *“Los simples se coronan de saber”* (Prov 11,2)

Cuando habla el sabio, aprende de la boca del insensato solo palabras de necedad: *“La lengua del necio profiere necesidades”* (Prov 10,13)



La sabiduría evangélica

Jesús, nos hizo observar la necedad del hombre que estaba dispuesto a amontonar toda su cosecha de trigo (Lc 12,18). Frente a esa necedad, nuestra experiencia nos enseña que hay más grandeza en compartir los bienes que en acapararlos con egoísmo y avaricia.

En muchas ocasiones, los fariseos admitieron que no sabían responder a las preguntas de Jesús (Mc 11,33). Por eso, el cristiano sabe que el Espíritu ha de ayudarlo a amar la sabiduría para llegar a conocer y amar la voluntad del Padre celestial. Además, ha de librarlo de la charlatanería de los que la ignoran o pretenden ignorarla. El cristiano sabe y confiesa que Jesús lo ha enviado a anunciar su mensaje al mundo entero (Mt 28,19). Debería recordar que el modo de anunciarlo contribuye a hacer creíble o despreciable ese mensaje. En consecuencia, el lenguaje del discípulo ha de ser digno de la grandeza de lo que ha de pregonar desde los terrados.

La prudencia del testigo

Para las primeras comunidades cristianas, a la necedad del egoísta se contraponen la sabiduría de compartir los bienes. El apóstol Pablo ha contrapuesto a las obras de la carne, el fruto del Espíritu (Gál 5,21-22).

En el fondo de nuestro corazón deseamos escuchar la palabra de Dios. Ella nos dará la sabiduría que ha de conducirnos por el camino del bien, de la verdad y de la felicidad.

descubrir la meta que realiza la
r los medios que conducen a
e identifica con la obstinación.
ples heredan necedad, los pru-
rov 14,18)

demons de él la sabiduría. Pero
pueden salir una y mil formas
bio rezuma saber, la boca del
v 15,2)

El mismo Pablo, presenta a su discípulo Tito un completo ideal de vida. Según el Apóstol, *“el discípulo de Cristo debe ser hospitalario, amante de lo bueno, prudente, justo, santo y dueño de sí mismo”* (Tit 1,6-8).

En la carta de Santiago se compara la lengua con un manantial. El autor se pregunta si puede brotar de la misma fuente agua dulce y agua amarga (Sant 3,11). Y a continuación afirma con rotundidad que *“la higuera no puede producir aceitunas ni la vid puede producir higos”*.

DISCÍPULOS DEL SEÑOR

José-Román Flecha -Universidad Pontificia de Salamanca

JASÓN

Raras veces recordamos a Jasón. Y sin embargo, en una ocasión ha prestado un gran favor a Pablo. Según se dice, su nombre probablemente procede de una raíz que significa “*curar*”. Aparece por un momento en la vida de san Pablo, pero bien merecería ser recordado más frecuentemente por las atenciones que dedica al Apóstol a su paso por Tesalónica.

Bien sabemos que Pablo y Silas habían gozado de la hospitalidad de Lidia y de algunos buenos hermanos de la ciudad de Filipos. Pero no todo iban a ser mieles. Pablo decidió un día liberar a una esclava del espíritu de adivinación, gracias al cual aportaba buenas ganancias a sus dueños. Pero nadie acepta de buena gana una reducción de sus ingresos. Tampoco los dueños de aquella joven esclava. De hecho, acusaron a los apóstoles de perturbar la paz social y de promover costumbres inaceptables para los ciudadanos romanos. Con esas acusaciones era fácil imaginar que estallaría un motín popular y que las autoridades de la ciudad habían de decidir meter a Pablo y a Silas en la cárcel.

Bien es verdad que, en el calabozo, su paz y su canto de alabanza a Dios atrajeron la atención y la admiración de los otros prisioneros. Y hasta la del mismo carcelero, que, después de la crisis en la prisión que causó aquel terremoto nocturno, bajó a escucharlos en medio de la noche y llegó a pedirles el bautismo para él y para su familia (*Hch* 16,11-40).

Llegada a Tesalónica

Evidentemente, aquel era un capítulo que había que dar por concluido. Así que después de visitar la casa de Lidia y consolar a los hermanos, se fueron de Filipos.

Pablo no tenía dudas sobre el camino que había de emprender. Desde hacía algún tiempo, el Espíritu venía empujándolo hacia el occidente y, más concretamente, hacia Atenas.

Después de pasar por las ciudades de Anfípolis y Apolonia, Pablo y Silas llegaron a Tesalónica, la gran ciudad creada por Alejandro Magno. Allí se hospedaron en casa de un tal Jasón, que probablemente tenía un cierto parentesco con Pablo. El plan del trabajo misional había de ser muy semejante al que los apóstoles habían seguido en otras ciudades. En primer lugar, debían dirigirse a los judíos residentes en aquella ciudad. Pablo fue a encontrarse con ellos en la sinagoga.

El texto dice que durante tres sábados mantuvo con ellos una conversación que resumía su convicción personal y el mensaje que le había sido confiado por la comunidad de Antioquía.



Eso no implica que permaneciera solamente durante esas tres semanas en Tesalónica. De hecho, el mismo Pablo nos ha hecho saber que los amigos de Filipos por dos veces le enviaron a esta ciudad una cierta ayuda en dinero (Flp 4,16).

Fariseo convencido como era, su encuentro con Jesús había llevado a Saulo a descubrir que la fe y las esperanzas de Israel culminaban necesariamente en la aceptación del Mesías, muerto y resucitado para la salvación de todos.

Jesús había venido a derribar el muro que separaba a los paganos de los judíos.

El libro de los Hechos de los Apóstoles recoge expresamente el resumen de aquellos discursos que Pablo solía dirigir a las gentes de su pueblo: *“El Mesías es precisamente este Jesús que yo les proclamo”* (Hch 17,3)

Un nuevo motín

Y añade que algunos judíos se convencieron y se unieron a Pablo y a Silas. Pero también aceptaron aquel mensaje muchos griegos que adoraban al verdadero Dios y muchas mujeres de la aristocracia.

Para otros, este movimiento de adhesión era una abierta provocación. Así que, movidos por la envidia, según dice el texto, contrataron a algunos agitadores que promovieron un motín semejante al que se había producido en Filipos. Más aún, se fueron a la casa de Jasón con la intención de llevarse a Pablo y a Silas y presentarlos ante la asamblea del pueblo.

DISCÍPULOS DEL SEÑOR

Al no encontrar a los apóstoles, se llevaron por la fuerza a Jasón y a algunos hermanos ante los magistrados o politarcas, gritando: “*¡Estos individuos que han agitado el mundo entero, también se han presentado aquí y Jasón los ha hospedado! ¡Todos ellos actúan contra los decretos del emperador, diciendo que hay otro rey: Jesús!*” (Hch 17,7)

Como se ve, el esquema de las acusaciones repite las que antes se habían dirigido contra Jesús (Lc 23,2).

A lo largo de la historia, los cristianos han sido acusados con frecuencia de romper la paz y la armonía de la sociedad, de atentar contra la seguridad pública, de ir contra las leyes establecidas. Evidentemente antes y ahora se suele pensar que el reinado de Dios, proclamado por los apóstoles (cf. Hch 8,12), implica una contraposición al señorío de los reyes y gobernantes de este mundo.

Al final, en medio de la alarma social, para poder dejar en libertad a Pablo y

a Silas, las autoridades exigieron el pago de una fianza por parte de Jasón y los demás. Su hospitalidad se hizo de nuevo efectiva.

De nuevo en camino

¿Qué más podían hacer allí los apóstoles? Siguiendo el consejo que Jesús había dado a sus discípulos, era preciso salir de Tesalónica. Seguramente Jasón estaría entre los amigos que ayudaron a los apóstoles a abandonar de noche la ciudad. Había que ir en busca de otros oyentes más acogedores del mensaje de la salvación.

Y efectivamente, los judíos residentes en Berea se mostraron más tratables y recibieron con mucho interés la palabra de los apóstoles. De hecho, muchos de ellos se abrieron a la fe, como lo hicieron también muchos paganos de la aristocracia, tanto mujeres como hombres.

Cuando llegó a Tesalónica la noticia de que Pablo anunciaba la palabra de Dios en Berea, los que habían promovido el motín anterior, quisieron ensayarlo de nuevo.

Como se ve, se repetía lo que había ocurrido cuando los judíos de Antioquía de Pisidia y de Iconio se trasladaron a Listra para incitar a los ciudadanos a perseguir y apedrear a Pablo (Hch 14,19).

Así que de nuevo los apóstoles tuvieron que salir de la ciudad. A pesar de tantas dificultades, ante Pablo se abría al fin el camino hacia Atenas. Un camino que Jasón había facilitado, tal vez sin sospechar la importancia de aquel itinerario misionero.

En la carta que Pablo escribe a los romanos desde Corinto, ya en su siguiente viaje por las tierras de Macedonia y de Grecia, el Apóstol no se olvida de enviar saludos a Lucio, Sosípatro y Jasón, a los que reconoce como paisanos suyos, o tal vez sus parientes (Rom 16,21)

Este breve detalle podría hacer más comprensible aún aquella hospitalidad tan efectiva que Pablo había recibido de él en Tesalónica.

PREGUNTAS INTERESANTES

Ariel Álvarez Valdés

¿Cómo murió Judas?



Según san Mateo

La forma como murió Judas Iscariote, el apóstol que traicionó a Jesús, es muy conocida: arrepentido por haber entregado al Maestro en manos de sus enemigos, no soportó la angustia de su acción y se ahorcó.

San Mateo es el único evangelista que relata los detalles de su muerte, y cuenta lo siguiente: *“Entonces Judas, al ver que Jesús había sido condenado, aturdido por el remordimiento, devolvió las 30 monedas de plata a los Sumos Sacerdotes y a los ancianos, diciendo: «He pecado, entregando a un hombre inocente». Pero ellos le contestaron: «¿Y a nosotros qué nos importa? Eso es cosa tuya». Entonces Judas tiró las monedas en el Templo, fue y se ahorcó”* (Mt 27,3-5)

¿Y qué hicieron los Sumos Sacerdotes con ese dinero? *“Recogieron las monedas, -continúa Mateo- y dijeron: «Este dinero está manchado de sangre. No podemos ponerlo en la alcancía de las ofrendas». Y después de deliberar, compraron con él un terreno llamado el Campo del Alfarero, para que sirviera de sepultura a los extranjeros. Por esta razón ese campo se llama Campo de Sangre hasta el día de hoy”* (Mt 27,6-8)

Según san Lucas

¿Pero la muerte de Judas sucedió realmente de esta manera? No lo dudaríamos si no fuera porque otro libro del Nuevo Testamento, Los Hechos de los Apóstoles, nos da una información totalmente distinta.

Cuenta este libro que cuando los apóstoles quisieron elegir un sucesor de Judas a fin de completar el número de los Doce, Pedro pronunció un discurso y dijo:

“Hermanos, era necesario que se cumpliera la Escritura, en la que el Espíritu Santo, por medio de David, había dicho ya acerca de Judas, que fue el guía de los que apresaron a Jesús. Pues Judas era uno de los nuestros, y obtuvo un puesto en este ministerio. Pero fue y compró una finca con el dinero que le pagaron por su maldad. Luego cayó de cabeza, se reventó por el medio y se derramaron todos sus intestinos. Cuando los habitantes de Jerusalén lo supieron, llamaron a aquella finca «Acéldama», que en su lengua quiere decir «Campo de Sangre»” (Hch 1,16-19)

Demasiadas divergencias

Vemos, pues, que en el Nuevo Testamento existen dos versiones distintas sobre la muerte del Iscariote:

a) Mateo habla de un suicidio, mientras que Los Hechos dicen que se trató de un accidente: se cayó y su cuerpo se reventó contra el suelo.

b) Mateo afirma que Judas se arrepintió de su traición y devolvió las 30 monedas. Los Hechos, en cambio, no mencionan ningún arrepentimiento ni devolución del dinero.

c) Según Mateo, con las monedas devueltas por Judas los sacerdotes compraron adquirieron el campo de un alfarero y lo usaron como cementerio para los judíos extranjeros que morían en Jerusalén. Los Hechos, en cambio, afirman que quien compró el campo fue el mismo Judas.

d) Mateo puntualiza que el campo adquirido por los sacerdotes era un terreno desértico (en griego = agrón). Mientras que Los Hechos aclaran que era una finca (en griego = jorión) en la que Judas encontró una espantosa muerte, precipitándose quizás desde el techo de la casa.

e) Para Mateo, el misterioso nombre de “Campo de Sangre” alude a la muerte de Jesús (ya que fue comprado con el dinero de su muerte). Para Los Hechos, el nombre alude a la muerte de Judas (ya que allí había fallecido trágicamente el pobre apóstol)

¿Se pueden conciliar?

Como se ve, son muchas las diferencias entre los dos relatos. Algunos han intentado hacerlos coincidir, diciendo por ejemplo que la cuerda con la que se ahorcó, o la rama del árbol en la que se colgó, pudieron haberse roto, y al caer el cuerpo se destrozó contra el suelo. Pero para que esto sucediera debió haberse ahorcado de un árbol muy alto, ya que es imposible que el cuerpo se reventara cayendo de baja altura. Y en Palestina no existen árboles tan altos.

Otros, con más imaginación, han sugerido que Judas posiblemente se ahorcó de un árbol plantado en el borde de un precipicio. Y al romperse la cuerda o la rama, su cuerpo cayó al fondo del valle y allí se despedazó. Pero de ser así, el cuerpo de Judas debería haber caído con los pies para abajo, tal como uno se cuelga de un árbol. Sin embargo, Pedro asegura que Judas “*cayó de cabeza*” (Hch 1,18). Esto es imposible, a menos que se hubiera “*ahorcado*” de los pies.

De todos modos las divergencias mencionadas vuelven irreconciliables ambos relatos, y han hecho fracasar los numerosos intentos de armonización.

¿Por qué tenemos dos relatos de la muerte de Judas?

Origen de la leyenda

Para comprender la versión contada en los Hechos de los Apóstoles, es necesario tener en cuenta, ante todo, que los primeros cristianos no olvidaron jamás la desdichada actitud de Judas. *¿Cómo pudo un discípulo entregar al Maestro? ¿Por qué desencadenó, con su beso traidor, la dolorosa pasión que lo llevó a la cruz?* Semejante actitud, pensaban todos, merecía un castigo ejemplar de Dios.

Ahora bien, en el Antiguo Testamento existía un género literario especial, llamado *“relato de muertes infamantes”*, que se usaba para contar la muerte de aquellos pecadores, enemigos de Dios, que durante su vida se oponían a los proyectos divinos. Algunos se leen, por ejemplo, en el Sal 69,23-29, en el Sal 109,6-19, y en el libro de la Sabiduría 4,19.

La cita de un libro

Este último, precisamente, dice: *“El Señor se reirá de ellos. Después se convertirán en un cadáver infamante, objeto de oprobio eterno entre los muertos. El Señor los precipitará de cabeza, sin que puedan hablar, los arrancará de sus cimientos, y serán completamente exterminados, quedarán sumidos en el dolor y desaparecerá hasta su recuerdo”* (Sab 4,19)

Esta descripción nos da un pavoroso cuadro de la muerte del pecador. Recordemos que en la antigüedad era muy importante tener una sepultura digna, y no había peor maldición que la dirigida contra un cadáver.

Si ahora analizamos este párrafo y lo comparamos con lo que Pedro dice en Los Hechos, vemos que en realidad éste cuenta la muerte de Judas siguiendo la cita del libro de la Sabiduría. En efecto, Judas *“se convirtió en un cadáver infame”* (ya que no pudo ser dignamente enterrado); *“objeto de oprobio eterno”* (pues la noticia se extendió por todas partes); *“cayó de cabeza”* (como Pedro afirma); *“sin que pueda hablar”* (por eso, para Pedro, Judas no se arrepiente ni devuelve las monedas, como afirma el evangelio de Mateo)

Terreno de mala fama

Pero Pedro agrega lo de una finca, llamada Campo de Sangre, que el libro de la Sabiduría no menciona.

¿De dónde sacó este dato? La respuesta se halla en un terreno que en tiempos de Jesús existía, y aún hoy existe, al sudeste de Jerusalén. La tradición popular lo llamaba *“Campo de Sangre”*, no sabemos por qué. No es raro que un nombre tan sugerente excitara la imaginación de la gente, y con el tiempo la tradición terminó ubicando allí el supuesto accidente aterrador de Judas, que la creencia popular le atribuía.

Pero ¿de dónde habría sacado dinero Judas para comprar ese terreno? Sencillo: de las 30 monedas de la traición.

Podemos concluir, pues, que la versión de la muerte de Judas dada por el libro de Los Hechos, no es el relato de una crónica histórica, sino que se trata de una leyenda elaborada sobre la base del libro de la Sabiduría, y completada con la creencia popular de un terreno llamado Campo de Sangre.

PREGUNTAS INTERESANTES



Detalles sospechosos

¿Y la versión de san Mateo? ¿De dónde la obtuvo el evangelista? Llama la atención que solo Mateo parece conocer la historia del suicidio de Judas. Ningún otro Evangelio la transmite.

En segundo lugar, se nota que el relato está fuera de contexto. Comienza diciendo que Judas, al ver que habían condenado a Jesús, se arrepintió y fue al Templo a hablar con los Sumos Sacerdotes y Ancianos para devolverles el dinero (*Mt 27,3*). Pero en el versículo anterior había dicho que los Sumos Sacerdotes y Ancianos estaban con Pilato en el juicio contra Jesús (*Mt 27,1-2*). ¿Cómo pudo Judas encontrarlos en el Templo y devolverles allí las monedas, si estaban todos con el gobernador?

En tercer lugar, las 30 monedas era una suma pequeña, ya que era el precio fijado por la ley para indemnizar a alguien por la muerte de su esclavo (*Ex 21,32*).

¿Cómo pudieron los sacerdotes comprar, con esa escasa cantidad de dinero, un campo?

Esto nos muestra que el episodio no pertenece al relato tradicional de la pasión de Jesús. Fue creado por Mateo, y añadido a su relato de la pasión por alguna razón especial. ¿Pero por qué?

Eran dos predicciones

San Mateo, que conocía el Evangelio de Marcos, descubrió que éste había dejado un vacío en su obra. En efecto, Marcos cuenta dos predicciones de Jesús en la última cena: una sobre la negación de Pedro (Mc 14,30) y otra sobre la traición de Judas (Mc 14,18-21). Más adelante muestra el cumplimiento de la primera predicción, es decir, la negación de Pedro (Mc 14,66-72). Pero nunca cuenta el final trágico de Judas, previsible por aquellas palabras de Jesús: *“Más le valdría a ese hombre no haber nacido”* (Mc 14,21)

Mateo tenía sumo interés en mostrar a sus lectores que se van cumpliendo cuidadosamente las palabras de Jesús. Y para llenar el vacío dejado por Marcos, compuso el funesto relato de la muerte de Judas. Pero ¿por qué la contó de esa manera, y no según la leyenda popular que circulaba entre los cristianos?

Todo por David

Es que Mateo escribe su Evangelio para los judíos. Y trata de convencerlos de que Jesús es el Mesías esperado por ellos durante siglos. Pero los judíos soñaban con un Mesías descendiente del rey David. Con alguien que tuviera sus mismas características y rasgos. Alguien que fuera un nuevo David. Al menos, pensaban, así lo habían anunciado los profetas. Y Mateo, para decirles que Jesús es ese nuevo David, cada vez que puede en su libro lo describe con los rasgos típicos de este rey.

Los exegetas han descubierto y señalado muchísimas alusiones a David, insertadas cuidadosamente por el evangelista desde la infancia de Jesús hasta su muerte. Ahora bien, entre los detalles que conocemos de la vida de David, sabemos que tenía un íntimo amigo llamado Ajitófel, que formaba parte de sus más estrechos colaboradores, y a quien le confiaba todos los secretos del reino.

Un día, sus enemigos conspiraron contra David para matarlo. Entonces Ajitófel traicionó a David y se puso de parte de los conjurados. Pero más tarde, al ver que su traición no había tenido éxito, dice la Biblia que *“levantándose, se fue a su casa... y se ahorcó”* (2 Sm 17,23)

Mucho más que historia

La muerte de Judas, según la versión de Mateo, resulta extrañamente parecida a la de Ajitófel. En efecto, también Judas: a) había sido elegido por Jesús; b) era su estrecho colaborador; c) había recibido de él los secretos del Reino (de los Cielos; Mt 13,11); d) traicionó a su íntimo amigo; e) se arrepintió de su acción equivocada; f) se ahorcó.

Judas y Ajitófel son las dos únicas personas, en toda la Biblia, cuyo suicidio se cuenta (fuera de los casos en que un guerrero se mata para escapar del enemigo). Y ambos mueren precisamente ahorcados. Es posible que Judas sí haya tenido una muerte trágica. Es posible, incluso, que se haya quitado la vida, y que Mateo haya conocido esa información histórica.

De alguna manera la adaptó al relato de Ajitófel, para poder presentar la muerte del apóstol como una recreación de aquel otro suicidio.

Mateo, pues, si bien no inventó del todo la narración de la muerte de Judas, sí inventó sus detalles basándose en el relato del amigo de David. Por lo tanto, no pretendió ofrecernos una crónica histórica del fallecimiento del Iscariote. Habría tenido muy poca importancia para sus lectores. Prefirió recrear, con Jesús y Judas, la historia de David y Ajitófel, dejando así un mensaje mucho más significativo: a Jesús le pasaron las mismas cosas que a David, porque es el nuevo rey David, el nuevo Mesías, el salvador que estaba esperando el pueblo de Israel.

Otras versiones peores

Existe una tercera versión, muy desagradable, sobre la muerte de Judas. La cuenta Papías, obispo de Hierápolis en el siglo II. Según él, al querer ahorcarse Judas, la cuerda se cortó antes de asfixiarlo y así pudo salvarse. Pero más tarde contrajo una enfermedad, y su cuerpo se hinchó tanto que

no podía pasar ni siquiera por donde pasaba normalmente un carro. Su cabeza y sus párpados se inflamaron de tal manera que no podía ver, y los médicos no podían encontrarle los ojos. De sus genitales brotaban gusanos y pus. Y después de atroces tormentos murió en una finca suya. La gente que pasaba cerca de allí debía taparse la nariz debido al mal olor que salía.

Otro escritor de los primeros siglos, llamado Ecumenio, aporta una cuarta versión de su muerte: a Judas lo apretó un carro, y su cuerpo se reventó bajo el peso del rodado.

En la misericordia de Dios

Vemos cómo la tradición antigua amontonó horror tras horror sobre la muerte del hombre al que veían como el traidor supremo. Más tarde Dante, en su *"Divina Comedia"*, lo situó en lo más profundo del infierno.

Pero al descubrir cómo nacieron los relatos del Nuevo Testamento, vemos que la Biblia no pretendió ensañarse con él, ni hacer hincapié en su desesperación final, ni mucho menos recalcar su condena.

Judas fue un hombre equivocado, como tantos otros de la historia. El Nuevo Testamento baja el telón sobre él cuando san Pedro, en su mencionado discurso, dijo que Judas desertó *"y se fue a donde le correspondía"* (Hch 1,25). La tradición de la Iglesia ha visto, en estas palabras, una velada alusión a la condena de Judas. Pero no es tarea de la Iglesia condenar a nadie.

Cuando nos veamos tentados de condenar sin compasión a alguna persona equivocada, recordemos lo que el Nuevo Testamento hizo con Judas. En vez de condenarlo, utilizó su historia para resaltar dos lecciones positivas. En la versión de Los Hechos: que Dios triunfa siempre a pesar del mal que hacen los hombres. Y en la versión de Mateo: que Jesús es el Mesías verdadero a pesar de las traiciones y abandonos de cuantos lo rodeamos.

CINCO MUJERES QUE ENTENDIERON

Carlos Gil Arbiol

A JESÚS

LA MUJER CON FLUJO DE SANGRE

En esta sección titulada “Cinco mujeres que entendieron a Jesús” nos hemos propuesto acercarnos a la figura de Jesús a través de la mirada de cinco mujeres que forman parte del “reparto” de personajes en el Evangelio de Marcos. El evangelista escribió esta pequeña obra centrada en el protagonista, y en torno a él presentó un grupo indeterminado de seguidores y seguidoras que formaron diversos grupos. El círculo más cercano a Jesús determina el desarrollo de la trama que se despliega a lo largo de muchas dificultades, desafíos y conflictos. Este destino lo afronta Jesús, primero, con la compañía de los discípulos que le siguen, aunque no terminan de entenderle, y al final, él solo, porque sus discípulos le traicionan, le entregan, le niegan y le abandonan. La tensión creciente tiene un desenlace trágico porque, aparentemente, Jesús muere fracasado en la cruz. Sin embargo, el evangelista deja una puerta abierta al final: una ambigua conclusión sobre el silencio de las mujeres que han descubierto la tumba vacía. Ese papel incierto de los discípulos contrasta con el que tienen unos personajes secundarios que van apareciendo en escena en determinadas ocasiones y que sirven de réplica y ejemplo para los discípulos. En el anterior número de la revista vimos el primero de estos personajes femeninos: la suegra de Simón. En este artículo vamos a fijarnos en el segundo de estos personajes femeninos: la mujer con flujo de sangre del capítulo cinco del Evangelio de Marcos.

De esta mujer se nos dice que está enferma desde hace doce años, aunque el evangelista no nos concreta la enfermedad más allá de un vago “*padecía flujo de sangre*”. El lector recordará que esta dolencia conllevaba una rígida exclusión social de la enferma, según el libro del Levítico: “*Cuando una mujer tenga flujo de sangre durante muchos días... quedará impura*”.

Esta sentencia suponía la reclusión de la mujer en su casa y la prohibición de tocar nada, puesto que su impureza se contagiaba a todo lo que tocaba convirtiéndolo en impuro. El peligro de esta situación era que, si alguna persona o cosa impura lograba entrar en el templo, se corría el riesgo de que Dios huyera de él. Si eso ocurría, el castigo para el transgresor era capital: “*mantendréis alejados a los israelitas de sus impurezas para que no mueran por contaminar con ellas mi morada*”. La conclusión es que la impureza es tremendamente contaminante: es más fuerte que la pureza.

CINCO MUJERES QUE ENTENDIERON

Estas ideas vienen a la memoria del lector del tiempo de Marcos para captar la gravedad de la situación, especialmente cuando lee que la mujer decide, de un modo aparentemente irresponsable, salir de su reclusión y acercarse a Jesús para tocarle. Esta idea extraña le hace suponer al lector que, además, tocó a muchas otras personas antes de lograr tocar a Jesús. Y según la tradición del Levítico debemos presumir que contagió a todos su impureza, haciéndolos indignos de la presencia de Dios.

Tan fuerte era esta creencia que años más tarde se contaba la historia de un rabino que estaba en meditación describiendo a sus discípulos lo que veía de Dios y otro rabino rival puso en su regazo una tela que había tocado una mujer con flujo de sangre. Inmediatamente, el primero despertó de su meditación confuso y desorientado, habiendo perdido para siempre su autoridad y talento para meditar. Esta historia hace extraordinariamente arriesgada la decisión de esta mujer de tocar a Jesús.

Según esta tradición, no solo se arriesgaba a un castigo sino, además, a anular el poder sanador de Jesús. Pero esta mujer no quería anular ese poder, sino que lo usara para ella, que la sanara. Por tanto, el objetivo de esta mujer debía ser otro; pero ¿cuál?

El resto de la escena nos ayuda a entender a esta anónima mujer. El evangelista nos cuenta que, tras tocar a Jesús, ocurre lo que ella esperaba: *“sintió en su cuerpo que quedaba sana del mal”*. Este detalle es muy revelador, porque nos dice que ha ocurrido lo contrario a lo que todos los demás esperaban que ocurriera. Si un galileo de aquel tiempo hubiera visto la escena a distancia, hubiera apostado porque Jesús se quedaría sin fuerza; cualquier persona religiosa de aquel contexto habría interpretado el atrevimiento de la mujer como una agresión a Jesús, como un modo de anular su poder. Pero lo que ocurre es exactamente lo contrario de lo que un observador religioso hubiera esperado: Jesús no queda contaminado por la impureza de la mujer, sino que ella queda sana por la fuerza curativa de Jesús. Y este detalle es de enorme trascendencia para comprender a Jesús y su mensaje: la impureza, el mal, nunca es más fuerte que Jesús, nunca es más fuerte que Dios.

Una mujer impura, recluida en su casa y considerada una amenaza para todas las personas religiosas ha decidido saltarse las reglas porque ha confiado en Jesús. Ha creído que Jesús no podía contaminarse con su impureza, que Jesús no podía estar de acuerdo con su injusta reclusión, que aquella desgracia suya no podía ser más fuerte que lo que Jesús ofrecía. Aquella mujer marginada y despreciada en su entorno se ha opuesto a la lógica imperante que excluye a las personas por criterios injustos, ha desafiado las tradiciones que le excluyen arriesgando su vida y ha apostado todo en un gesto valiente que demuestra que Dios no acepta aquellas tradiciones injustas. Aquella mujer ha desafiado las normas y costumbres religiosas por su fe en Jesús: ha creído que la capacidad de Jesús para sanar era más fuerte que su impureza.

Sin embargo, el relato no acaba ahí. Si Marcos hubiera querido contar que Jesús tenía el don de curar a los enfermos, la historia hubiera acabado ahí; pero no. El evangelista nos dice que, tras la sanación de la enferma, Jesús hace lo imposible por visibilizar a la mujer. Pide a los discípulos que la busquen, pero ellos no se han enterado de lo ocurrido y le afean su interés por sacarlo a la luz. Todo ello crea una enorme tensión hasta que, por fin, la que había permanecido oculta hasta ahora sale al centro de la escena y *“cuenta toda la verdad”*. El lector atento ya sabe para entonces que *“la verdad”* es que esta mujer debía estar recluida y separada de todos según sus propias tradiciones y que su atrevimiento para tocar a Jesús podía haberle costado la vida. Sabe también que su osadía ha demostrado algo increíble para todos: *que su impureza no ha contaminado a Jesús, sino que ha ocurrido lo contrario*. Y sabe, por último, que con este desafío y violación de su reclusión, se ha declarado abiertamente en rebeldía contra las tradiciones injustas.

Quizá un lector religioso esperaría que Jesús le eche en cara a la mujer todo ello. De hecho, la mujer se ha saltado la ley y ha puesto en riesgo la capacidad sanadora de Jesús tomando esa decisión sin contar con él. Pero Jesús hace algo sorprendente: la declara *“hija”*. Si hay algo revolucionario en esta historia no es tanto la valentía y atrevimiento de esta mujer para romper las normas injustas, sino que Jesús la alaba y la presenta como modelo de fe a todos los presentes.

Era una mujer impura y digna de exclusión, ha sido una transgresora, se ha saltado la ley y las tradiciones religiosas, ha puesto en peligro la misión de Jesús a riesgo de perder su vida. Y Jesús no solo la alaba, sino que la declara hija, modelo para todos los presentes: *“tu fe te ha salvado”*. Ya había quedado sanada hace un buen rato; pero lo que ahora hace Jesús es declarar abiertamente que su confianza en Jesús, su valentía, la ruptura de las tradiciones injustas por muy religiosas que sean, es lo que le ha salvado.

La conclusión del lector no puede ser otra: Jesús alaba a quienes rompen las normas o tradiciones injustas confiando en que son contrarias a la propuesta de vida que él ofrece. Especialmente honra a quienes desbaratan las normas y tradiciones religiosas que se basan en ideas falsas de Dios. Esta mujer anónima les da una lección a los discípulos y, de paso, a los lectores: la confianza en Jesús es más fuerte que la injusticia que se comete en nombre de Dios.

LOS NIÑOS, MODELO DE ACOGIDA EN EL REINO (Mc 10,13-16)

Sorprende en los textos evangélicos sinópticos la relevancia concedida por Jesús a los niños. Relevancia que contrasta con su irrelevancia en el contexto social contemporáneo de Jesús, donde el niño era considerado una “propiedad” familiar, que solo con la mayoría de edad alcanzaba el reconocimiento de sus derechos.

El niño era amado, cuidado, educado e instruido en las tradiciones histórico-religiosas como un “deber” familiar y considerado más como una “esperanza” que como un “valor” en sí mismo. Solo en algunos textos rabínicos posteriores aparecen valoraciones positivas como la de que “*el mundo se mantiene por el aliento de los niños*”.

En un contexto así, sorprende la actitud de Jesús frente a los niños, más aún teniendo en cuenta su reconocida condición popular de rabbí.

Los discípulos no lo entendían: consideraban la presencia de los niños en torno al Maestro como un desdoro o una pérdida de tiempo, pues una de las cosas que debía evitar quien se preciase de tal condición era la cercanía pública de los niños, a los que se consideraba incapaces de recibir sus doctrinas, y querían evitarlo (Mc 10,13; Mt 19,13). Y esto “enfadó” a Jesús (Mc 10,14).

A Jesús no solo se acercaban los enfermos, también los padres llevaban a sus hijos para que “*los tocara*” (Mc 10,13) y “*les impusiera las manos y orase*” (Mt 19,13). Y Jesús los acogía con cariño, y “*los abrazaba y los bendecía imponiendo las manos sobre ellos*” (Mc 10,16) y estrechaba entre sus brazos (Mc 9,36).

Pero fue más allá, hasta el punto de identificar su suerte a la de ellos -“*Tomando a un niño lo puso en medio de ellos, le estrechó entre sus brazos y les dijo: El que reciba a*

un niño como éste en mi nombre, a mí me recibe” (Mc 9,36-37)- y de convertirlos en paradigmas para acceder al Reino de los Cielos (Mt 18,3-4). Son referentes y modelos de actitudes básicas para acceder al Reino de Dios.

No es que Jesús propicie un infantilismo ingenuo e irresponsable; procediendo así lo que destaca es su flexibilidad, su apertura y acogida sin prejuicios a los valores del Reino, a los que parecen reacios “*los sabios y entendidos*” (Mt 11,25). Los niños, dice Jesús, nos enseñan, son “*maestros*” en la escuela del Reino. Forman parte de los “*grandes*” del Reino.

Ellos serán con sus aclamaciones entusiasmadas en la entrada de Jesús en Jerusalén (Mt 21,15) los que provoquen la indignación de los sumos sacerdotes y la respuesta de Jesús. “*De la boca de los niños y de los que maman te preparaste la alabanza*” (Mt 21,16).



Jesús hace del niño una lectura *“teológica”*: frente a la espiritualidad del mérito (fariseos), el niño representa la espiritualidad de la gracia. Es, además, modelo de confianza y de esperanza. Por eso advierte seriamente del peligro de escandalizar a un niño (*Mt 18,6*), violando su inocencia.

Ellos son la tierra virgen, donde aún no han crecido los afanes y concupiscencias que ahogan el crecimiento de la semilla de la palabra de Dios (*Mc 4,18*).

Con su actitud ante los niños, Jesús manifiesta su voluntad inclusiva, revalidando a los desvalidos, convirtiendo en protagonistas a los excluidos y revelando el amor maternal de Dios (*Os 11,1-4*).

Hoy sus discípulos debemos escuchar las palabras del Maestro: *“Dejad que los niños vengan a mí, no se lo impidáis, porque de los que son como éstos es el Reino de Dios”* (*Mc 10,14*). Los niños están en el corazón del evangelio y son corazón del evangelio: *“Si no os hacéis como los niños no entraréis en el Reino de los Cielos”* (*Mt 18,13*). La fe adulta, ¿no será la fe de los pequeños o de los que se hacen como ellos? El tema de Jesús y los niños no es en los Evangelios un tema menor.

LA PALABRA DEL DOMINGO

Mayo

Domingo IV de Pascua -A- (Día 3)

Primera: Hechos de los Apóstoles 2,14a. 36-41

"¿Qué tenemos que hacer?... Convertíos"

Segunda: 1ª Pedro 2,20b-25

"Sus heridas os han curado"

Evangelio: San Juan 10,1-10

"Yo soy la puerta de las ovejas"

Domingo V de Pascua -A- (Día 10)

Primera: Hechos de los Apóstoles 6,1-7

"La Palabra de Dios iba cundiendo"

Segunda: 1ª Pedro 2,4-9

"Como piedras vivas entráis en la construcción del templo del Espíritu"

Evangelio: San Juan 14,1-12

"Yo soy el camino y la verdad y la vida"

Domingo VI de Pascua -A- (Día 17)

Primera: Hechos de los Apóstoles 8,5-8. 14-17

"La ciudad se llenó de alegría"

Segunda: 1ª Pedro 3,15-18

"Glorificad en vuestros corazones a Cristo y estad siempre prontos para dar razón ..."

Evangelio: San Juan 14,15-21

"Si me amáis, guardaréis mis mandamientos"

Domingo de la Ascensión del Señor -A- (Día 24)

Primera: Hechos de los Apóstoles 1,1-11

"Dicho esto, lo vieron levantarse hasta que una nube se lo quitó de la vista"

Segunda: Efesios 1,17-23

"Que Dios... ilumine los ojos de vuestro corazón"

Evangelio: San Mateo 28,16-20

"Id y haced discípulos de todos los pueblos... Y sabed que yo estoy con vosotros..."

Domingo de Pentecostés -A- (Día 31)

Primera: Hechos de los Apóstoles 2,1-11

"Se llenaron todos de Espíritu Santo"

Segunda: 1ª Corintios 12,3b-7. 12-13

"Nadie puede decir 'Jesús es Señor', si no es bajo la acción del Espíritu Santo"

Evangelio: San Juan 10,19-23

"Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan..."

Junio

Domingo de la Santísima Trinidad -A- (Día 7)

Primera: Éxodo 34,4b-6. 8-9

"Señor Dios compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia y lealtad"

Segunda: 2ª Corintios 13,11-13

"La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo esté siempre con vosotros"

Evangelió: San Juan 3,16-18

"Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo"

Domingo del Cuerpo y la Sangre del Señor -A- (Día 14)

Primera: Deuteronomio 8,2-3. 14b-16a

"Después te alimentó con el maná"

Segunda: 1ª Corintios 10,16-17

"Formamos un solo cuerpo, porque comemos del mismo pan"

Evangelió: San Juan 6,51-59

"Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él"

Domingo XII Tiempo Ordinario -A- (Día 21)

Primera: Jeremías 20,10-13

"Cantad al Señor y alabad al Señor, que libró la vida del pobre de mano de los impíos"

Segunda: Romanos 5,12-15

"Gracias a Jesucristo la benevolencia y el don de Dios desbordaron sobre todos"

Evangelió: San Mateo 10,26-33

"No tengáis miedo..."

Domingo XIII Tiempo Ordinario -A- (Día 28)

Primera: 2º Reyes 4,8-11. 14-16a

"Un día pasaba Eliseo por Sunem y una mujer rica lo invitó con insistencia a comer"

Segunda: Romanos 6,3-4. 8-11

"Si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él"

Evangelió: San Mateo 10,37-42

"El que os recibe a vosotros, me recibe a mí"

PENSANDO EN LA MISIÓN

“Subió al monte y llamó a los que él quiso” Mc 3,13.

El Concilio salta todo el capítulo 2 de Marcos, y su siguiente cita es la llamada vocacional de los apóstoles. No nos extrañe que el Concilio haya enlazado la llamada a la penitencia y conversión con la llamada y vocación de los primeros discípulos, porque serán los continuadores de ese pregón y misión. Decimos primeros, no centrándonos en los cuatro primeros que le siguieron a raíz de la llamada a la conversión (Mc 1, 16-20) ni en otros que fueron llegando conforme se extendía su fama (1,28). Marcos 2, 13 nos dice que Jesús en esa primera etapa, siguió haciendo lo mismo en las riberas del lago y llamando a uno que otro. Y poco después ya se habla constantemente de nuevos discípulos: 2,15, 18, 23; 3,7... en un contexto que se nos hace difícil pensar en los 12 solamente, como va a quedar claro a partir de 3,13.

El monte de Dios

La Biblia nos tiene acostumbrados a que las grandes intervenciones de Dios en la historia se produzcan desde el monte. Hasta ahora Marcos ha llevado y traído a Jesús de la sinagoga de Cafarnaúm a la orilla del lago y de éste a la sinagoga. Todo transcurre “bordeando el lago” (1,16), con permiso de algún que otro sembrado ribereño (2,23). A estos lugares acudía la gran muchedumbre (3,7-8) hasta que cambia de escenario para hacer una selección de sus muchos (2,15) seguidores subiendo al monte.

Ya han aparecido las controversias, que minarían en más de uno la inicial admiración ante la autoridad de Jesús, y, por tanto, surge la necesidad de asegurar la fidelidad de esos discípulos a los que ya empiezan a identificar y juzgar los fariseos (2,23). Ya en 3,7 hay una primera diferencia entre “discípulos” y muchedumbre. Al monte solo suben los “elegidos”: Moisés, Elías... Los textos veterotestamentarios nos muestran a un Dios dinámico en el monte: habla, escoge, envía... Y en el monte hará su selección Jesús y, ¿por qué no?, completará su revelación. (Cf 9,2)

Llamó a los que quiso

Ya apuntábamos en el artículo anterior que Dios toma la iniciativa en la llamada y que su invitación no dependía de actuaciones milagrosas. Es una llamada directa. Aquí esa afirmación es rotunda: “Convoca a los que quiere”. Nos puede sorprender la historia de la elección de Gedeón (Jue 6,15) o de David (1Sm 16), realizada contra criterios humanos, pero es claro que Dios escoge a los que quiere sin guiarse por parámetros humanos.

Ahora nosotros estamos acostumbrados a leer la llamada de Dios desde los criterios que deja claros san Pablo (1Co 1, 26-29). Contra pareceres y tradiciones como los expresados por distintos personajes o colectivos (*Jn 1,46; Jn 7,42*), Dios llama y escoge a sus enviados con absoluta libertad.

Esta manera de actuar del Señor venía de lejos y lo había puesto en práctica en la propia elección del pueblo de Israel. Textos como los que encontramos en los capítulos 7-9 del Deuteronomio lo confirman. Esta elección directa y personal de Dios lleva consigo unos derechos y compromiso de Dios sobre y para los elegidos, resumidos en el slogan *"Yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo"*. Los elegidos están llamados a corresponder a esa llamada y misión (*"¡ay de mí si no evangelizara!"*, dirá san Pablo), y Dios se compromete a acompañarlos y protegerlos. Es el famoso y repetido *"yo estaré con vosotros"*. Lo había dicho ya Lev 26,12: *"Caminaré entre vosotros y seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo"*.

Por eso el rotundo *"No tengáis miedo"* de Mc 6,50 vale para todos los vientos adversos y tempestades que se presenten.

Sin bajar la guardia

El escenario del monte que escoge Jesús y la lista de discípulos escogidos, alguno de ellos con nombre nuevo puesto por el propio Jesús, nos indica esa relación especial que se establecerá entre ellos, que se traduce en un acompañamiento mutuo *"desde el principio"* (3,13), y que solo se interrumpe a medias en los titubeos de la pasión. Por ello Marcos no presentará apariciones del Resucitado a uno o varios de ellos sino que se dirige al bloque, en este caso los *"once"* (16,14). Por medio de terceros trata de animar a *"los que habían vivido con él"* (16,11), habían visto sus milagros y escuchado sus enseñanzas, incluidas su propia muerte y resurrección (8,31ss; 9,30ss y 10,32ss), razón por la cual puede *"echarles en cara su incredulidad y dureza de corazón"* (16,14) cuando se aparece al colectivo. Esa relación iniciada en el monte tiene que ser tan fuerte que les permita desplazarse decididamente por el mundo entero a continuar su obra.

Con un último apunte: a Marcos le falta el detalle que apunta Mateo: encuentro con el Resucitado y misión desde *"el monte que Él les había indicado"* (Mt 28,16)

La Iglesia, enviada por Cristo

El Concilio introduce la cita de Marcos en el Decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia con un *"ya desde el principio"* refiriéndose a esa escena tan especial del monte, dejándonos muy claro las intenciones *"salvadoras"* de Jesús: el enviado del Padre para llevar a cabo su designio. Por eso se esmera en escoger y formar a un grupo de colaboradores para que lleven a cabo su obra, después de su partida. Y, a la cita de la elección, se añade líneas más abajo en el mismo Documento, la del envío (Mc 16,15ss), dejando constancia de que es continuación de la misma misión del Hijo, también enviado por el Padre. Preparada y realizada la misión, el Concilio puede afirmar que los apóstoles fueron *"la semilla del nuevo Israel"*.

LA BIBLIA EN EL CONCILIO



Entonces y ahora el mandato sigue en vigor, la Iglesia tiene que seguir con esta tarea evangelizadora y “caminar por el mismo sendero de Jesucristo y los apóstoles”.

Hoy también

Por eso más adelante añadirá: “como esta misión continúa y se desarrolla en el decurso de la historia la misión del propio Cristo...” (AG 5), hoy también se necesitan enviados. Los nuevos elegidos y enviados han de tomar nota de este proceso seguido por Jesús en el monte y en la posterior convivencia. A lo largo del primer capítulo del Documento “*La Actividad misionera de la Iglesia*” se pasa revista a todo el proceso salvador que comienza con el designio del Padre, continúa con la misión del Hijo y abarca también la misión del Espíritu Santo.

En ese proceso se inserta la elección de los doce y la elección de sus continuadores para que el designio salvador del Padre pueda realizarse. El acompañamiento a Jesús que hicieron los apóstoles para identificarse con Él y formarse para la misión, lo recupera el Concilio para los continuadores de la misión invitando a “*caminar por el mismo sendero de Cristo: el sendero de la pobreza, la obediencia, el servicio y la inmólación propia hasta la muerte*”. Se recalca ese final sacrificial de los apóstoles, como un destino posible a los misioneros de hoy, retomando la frase de Tertuliano: “*la sangre de los mártires, semilla de cristianos*”. El cometido es importante y por ello más adelante se hablará de la formación del misionero y del catequista.

La iniciativa siempre es de Dios

El Decreto conciliar añade: “*Los apóstoles fueron la semilla del nuevo Israel*”. El tiempo de seguimiento con Jesús dio su fruto y aquellos apóstoles recorrieron el mundo. Fue una siembra que arraigó hasta constituir la Iglesia y que “*obliga*” a ésta a seguir propagando la fe y la salvación de Cristo (Id). La semilla se selecciona, y eso lo sigue haciendo el Señor cuidando de escoger y enviar obreros a su viña a los que pide todo: “*En toda la vida de la Iglesia debe manifestarse siempre que la iniciativa es de Dios*”, que “*Él nos amó primero y que es Dios quien hace crecer*”. Esta convicción nos permite conservar la alegría en medio de una tarea tan exigente y desafiante que toma nuestra vida por entero. “*Nos pide todo, pero al mismo tiempo nos ofrece todo*”. (EG 12)

José María Fonseca Urrutia

DAR RAZÓN DE LA ESPERANZA



Estar marcados por la esperanza es uno de los signos más peculiares y decisivos de aquellas personas que han sido tocadas por el espíritu de Dios y se deciden a seguir a Jesucristo. Vivir la vida con ilusión y acoger el futuro como una gracia permanente, debiera hacer del cristiano una persona alegre y confiada. Francisco de Asís es un ejemplo palpable de esa expresión profundamente humana y marcadamente cristiana, en una peculiar intimidad con la fe. Francisco era un hombre de esperanza.

La vida siempre ha sido un desafío y la esperanza nos abre a la confianza de conseguir logros bondadosos. La esperanza nos ayuda a sonreír y va iluminando nuestras oscuridades más obstinadas, abriéndonos a futuros más indulgentes.

El mundo en el que vivimos no facilita una visión optimista de la realidad. Los acontecimientos que van surgiendo en nuestro alrededor no son invitaciones fáciles hacia un futuro suficientemente satisfactorio como para comenzar a alegrarnos por su pronta llegada. Miramos el mañana con precaución, y también con un cierto escepticismo, pues no terminamos de ver la luz. Eso hace que mucha gente viva en la tensión y en la inquietud por lo que pueda suceder.

Nuestra realidad resulta frágil y nuestro inquieto futuro se estremece. Al final, quizás, nos descubrimos con una clara carencia de esa fuerza que nos viene de la esperanza y que fortalece con optimismo nuestro caminar. Bien podríamos decir que sin esperanza desfallecemos.

Cuando el ser humano pierde la esperanza, se deja caer en el abismo del sinsentido. Muchos de los problemas que vamos creando en nuestra sociedad están surgiendo de una seria y profunda falta de esperanza. Es cierto, hay progreso tecnológico y las ciencias se mueven en una lucha desesperada por dar respuesta a los misterios de la vida. Pero la mirada al futuro no termina de iluminar algo que realmente sea consistente, de ahí que vaya surgiendo, en mucha gente, una ansiedad inquieta por disfrutar el presente, manejando el placer como exigencia determinante para la propia realización.

Cuando el futuro no tiene espacio es porque nos está fallando la esperanza. La vida del ser humano tiene mucho de búsqueda en oscuridad.

SAN FRANCISCO Y LA PALABRA DE DIOS

En ese caminar necesitamos descubrir que al final del túnel surgirá ese resplandor que iluminará nuestra vida con ese poder inacabable que surge de la promesa de Dios: *“Y al despertar, me saciaré de tu semblante.”* (Sal 17,15). Los cristianos estamos invitados a interiorizar esa actitud de espera que no solamente nos consuela, sino que nos impulsa a caminar seguros y confiados por entre las continuas oscuridades de esta vida.

La esperanza cristiana nos propone mirar al frente, descubrir el futuro prometido de nuestra salvación, completada en gracia y en verdad. No hay esperanza si al final la pregunta de la vida no tiene respuesta. Para el cristiano la respuesta está en Jesucristo, en su oferta a permanecer en una vida que se mantenga en una bondadosa y feliz eternidad. Eso da contenido a la esperanza. El grito que surge en el evangelio de Lucas, después de presentar una situación calamitosa, nos abre a la realización de una vida descubierta en la propia liberación: *“Levantaos y alzad la cabeza, se acerca vuestra liberación”*. (Lc 21,28). Ese mirar hacia adelante con la confianza de que al final surgirá la plenitud de vida gozosa y la culminación de una libertad permanente, es lo que va definiendo la esperanza cristiana. Un mirar que se realiza en el arduo compromiso de construir cada día esa plenitud en el camino de la justicia y de la paz, allá donde la bondad se hace espacio compartido.

La esperanza nos lleva por las tareas de construir un mundo mejor, pero con la sabiduría que da la fe, con la seguridad que da la confianza, con la apertura que da el respeto a la dignidad de todo ser humano, con la insistencia que ofrece la perseverancia. Todo eso nos hace constantes y pacientes. Porque la esperanza y la fe se intercambian en esos nudos de fortaleza que van a hacer surgir el amor, como culminación del camino.

Los cristianos somos personas de esperanza, y la llevamos como antorchas encendidas que iluminan el presente y proyectan el futuro.



No son pocas las personas de nuestro entorno que nos ofrecen esa sonrisa de condescendencia cuando planteamos una vida en esperanza. Y la sonrisa podría transformarse en carcajada retenida si hacemos de la esperanza un imposible realizable: *“esperar contra toda esperanza”* (Rom 4,18). Pero los cristianos somos gente de un futuro construido en el presente, y por eso nos sentaba bien aquel dicho de los movimientos juveniles del siglo pasado: *“seamos realistas, pidamos lo imposible”* (Marcuse).

El seguir a Jesucristo implica vivir de algo que puede parecer imposible, pero que su realización se va cumpliendo como tarea entretejida en la esperanza.

*San Francisco de Asís
en meditación.*

Siglo XVII

Óleo sobre lienzo

*Museo Diocesano de
Arte Sacro de Vitoria*

Francisco de Asís era uno de esos hombres que entendían la vida con la confianza de que todo surgiría desde una imposible esperanza. Francisco era un hombre de fe.

El futuro es un tema pendiente en el mundo que nos ha tocado vivir. La propuesta cristiana no pretende sino ofrecer esa esperanza que pueda llenar los espacios de una búsqueda que se nos presenta con una cierta inquietud, pero al mismo tiempo envuelta en un íntimo sentimiento de ilusión deseada.

La esperanza es camino de búsqueda del sentido de la vida, en un momento de la historia en el que se necesita una nueva mirada que clarifique la verdad, tantas veces empañada.

Francisco de Asís supo leer los signos de esperanza en un tiempo también complicado.

En los comienzos del cristianismo se dejó sentir la voz de una esperanza ilusionada y consistente entre aquellas personas que habían descubierto el gozo de la vida permanente, la que no termina. La resurrección de Jesús era el foco que abría espacios a la esperanza. Cuando la primera carta de Pedro insiste en que los cristianos tenían que dar razón de lo que viven, no lo hacía con la prepotencia de quienes se sienten iluminados por una verdad inalcanzable, sino con la sencillez de quienes habían experimentado un convencimiento tan fuerte, una ilusión tan grande, que se sentían impulsados a compartir, en el respeto y en el cariño, su inquietud bondadosa: *“Dispuestos a dar respuesta a quien os pida razón de vuestra esperanza. Pero hacedlo con dulzura y respeto.”* (1P 3,15-16). Francisco de Asís resumía su vida en ese testimonio de una esperanza colmada y compartida.

La presencia de Francisco continúa suscitando el interés de quienes buscan, con corazón sencillo, un futuro colmado; de quienes intentan descubrir, con apertura de mente, la búsqueda de la verdad; de quienes se sitúan en el mundo, en la vida misma, con disposición hacia un encuentro abierto, respetuoso y confiado; de quienes trabajan por la paz y el bien, entre permanentes deseos de fraternidad universal.

La oración agradecida de Francisco, en aquella pequeña y derruida ermita de San Damián en Asís, sonaba de esta manera:



*Sumo, glorioso Dios,
ilumina las tinieblas
de mi corazón
y dame fe recta,
esperanza cierta
y caridad perfecta,
sentido y
conocimiento, Señor,
para que cumpla
tu santo y veraz
mandamiento.*

Fidel Aizpurúa

El icono del anhelo

UNA “LECTURA SOCIAL” DE DIEZ ICONOS (RETRATOS) DEL EVANGELIO DE LUCAS

inapagable de la justicia: Lc 18,1-8



En nuestro itinerario de lectura de los iconos de Lucas llegamos al relato corrientemente denominado “*parábola de la viuda y el juez*”. Más que el tema de la oración como tal, lo que se quiere subrayar es el anhelo de la justicia esencial.

Así es, el texto que antecede (17,20-37) habla de la expectación sobre el día de la llegada del reino y el que sigue (Lc 18,9-14) más que de dos modelos de oración de lo que habla en el fondo es de dos maneras de situarse ante la promesa del reino.

Es en este marco de anhelo del reino donde se plantea el tema de la justicia esencial. Ésta, la justicia, es el dinamismo de fondo de la realidad del reino.

Desde esta perspectiva ideológica es preciso entender la relación dialéctica entre el juez injusto

“que ni temía a Dios ni le importaban los hombres” (v.2) y la viuda tenaz que pide justicia *“frente a su adversario”* (v.3). El primero, lógicamente, no puede ser tipo de la justicia de Dios. Así es, la justicia del juez es lenta (*“por bastante tiempo”*: v.4), comodona (*“me está amargando la vida”*: v.5), deseosa de acabar de una vez para que se le deje en paz (*“que venga continuamente a darme esta paliza”*: v.5). Es una justicia podrida en su fondo porque no escucha los anhelos de justicia que brotan de las situaciones de pobreza.

Por eso, el antitipo de este juez venal es un Dios que responde a los anhelos de quien hambrea un mundo de justicia: a) Dios *“reivindicará a sus elegidos”* (v.7), se pondrá de su parte, un Dios parcial; b) *“no les dará largas”* (v.7) porque hacer esperar al anhelante de justicia es aumentar el nivel de injusticia; c) escuchará a los que le *“gritan día y noche”* (v.7), porque, desde antiguo, es una Dios que escucha los gritos de los sojuzgados.

La *“reivindicación sin tardanza”* (v.8) es sello del anhelo de la justicia del reino. No es algo que se pueda posponer sine die. Ahora bien, la gran pregunta queda en el aire: *“Cuando llegue el Hombre, ¿qué?, ¿va a encontrar en esa fe en la tierra?”* (v.8). Es decir, ¿van a ser capaces los seguidores de Jesús que hacen camino con él de mantener vivo el anhelo de la justicia a pesar del bombardeo de la injusticia y de todas las técnicas disuasorias de una sociedad anclada y asentada en la injusticia?

En nuestra sociedad da casi vergüenza hablar de justicia. Es como si este valor sustancial produjera malestar al ciudadano de a pie. Hablar de justicia, demandarla, gritar en su nombre resulta trasnochado, como si uno estuviera anclado en mayo del 68. Quizá sea esto así porque lo individual ha copado el todo del ámbito humano moderno y la justicia tiene que ver, sobre todo, con planteamientos colectivos. *«La necesidad de equilibrar lo individual con lo colectivo es uno de los grandes dilemas de la ética. El valor de la autonomía y de la libertad individual ha sido lo más desarrollado, y a medida que eso evoluciona resulta más difícil hacer al individuo partícipe de lo colectivo, que piense en los demás, pero no cabe duda de que hay que tender a esa armonía y a un concepto de justicia que viene de los griegos. Al fin y al cabo, la ética busca lo universal. El relativismo absoluto, aunque suene a contradicción, es opuesto a la ética»*. Este anhelo de lo universal justo es un elemento insustituible de la experiencia de fraternidad social.

La justicia es el componente *«político»* del seguimiento, su participación en el devenir social desde una honda compasión histórica. Este componente es insustituible y, de alguna manera, da sentido al componente *“místico”* ya que lo hace visible y, por ello, verdadero. De ahí que una experiencia espiritual que no parta y no aboque al anhelo de la justicia se pierde en el marasmo de lo religioso.



Por lo mismo, hasta la tarea orante ha de nacer y llevar al logro de la justicia esencial. J. Chittister muestra en páginas muy luminosas el cambio que supone en una comunidad contemplativa poner el horizonte de la justicia como algo tomado en serio. *«La oración cambió para incluir una nueva conciencia sobre la política nuclear y sus amenazas»*. Son cosas, aparentemente, incompatibles. Pero no. El camino de inocular la preocupación y el compromiso con la justicia puede que sea la *«salvación»* de la oración y de la misma liturgia para que éstas no queden atrapadas en la rutina, en el rito. El cristianismo en general tiene que andar todavía un gran trecho si anhela este horizonte. Y sin embargo, como decimos, existe en ello una gran oportunidad de revitalización. Las palabras del profeta Bonhöffer siguen sonando veraces: *«Nuestra iglesia que durante años solo ha luchado por su existencia, como si ésta fuera una finalidad absoluta, es incapaz de erigirse ahora en portadora de la Palabra que ha de redimir y reconciliar a todos los hombres y al mundo...»*

Por esta razón, las palabras antiguas han de marchitarse y enmudecer y nuestra existencia de cristianos solo tendrá, en la actualidad, dos aspectos: orar y hacer justicia entre los hombres». La oración mezclada a la justicia, ambas realidades unidas.

Estos son los caminos de la justicia esencial. Ésta no consiste, inicialmente, en meras estrategias, políticas o económicas, para el logro de la justicia. Se trata de una actitud que anida en los trasfondos de lo humano, en la base de lo que somos. Es más, pues, es algo que hace relación a la espiritualidad. En ese dominio es donde emparenta con la oración. Una oración por la justicia no es una mera actividad religiosa sino una manera de leer e interpretar los anhelos profundos de la historia, un transitar la búsqueda del sentido. No deja de ser algo que se escapa de nuestras manos. Por eso resulta pertinente la pregunta del texto lucano: *“Cuando llegue el Hombre, ¿qué?, ¿va a encontrar esa fe en la tierra?”* (Lc 18,8). Se refiere a la fe en las posibilidades de la justicia para revertir la órbita de la historia.



Llamados a ejercer la solidaridad en un espacio sin fronteras

N.P. Jesús de Medinaceli

Gracias a ti, a través de estas publicaciones, nos ayudas a mantener la obra social.

Más Información en la página web del Servicio Capuchino para el Desarrollo.
www.sercade.org



EVANGELIO
Y VIDA

REVISTA DE DIVULGACIÓN E INFORMACIÓN BÍBLICA
Plaza de Jesús, 2 28014 Madrid (Tel. 91-429.36.57)



Capuchinos
Editorial